

literaria, a hacer poesía, mediante la recreación de lo maravilloso ya existente.

ARNOLDO PALACIOS.

Bogotá.

JULIÁN BARBAZÁN, *Recuerdos de un librero anticuario madrileño (1897-1969)*, prólogo de don Antonio Pérez Gómez, Madrid, 1970, x + 279 págs.

Don Antonio Pérez Gómez, tan conocido en el mundo bibliográfico y bibliófilo por su recobro de joyas españolas añejas, ha resuelto anotarse unos puntos con esta pieza de actualidad en primera edición. El acierto es completo porque estos *Recuerdos* de Barbazán Benoit se pueden leer a buen provecho por diversos conceptos. A quienes compramos libros como útiles de labor, nos enseña más de una lección, y lo propio vale para quienes compran como coleccionistas, como bibliógrafos, como administradores de adquisición de libros para entidades de servicio, y aun para bibliófilos. A todos nos enseña la importancia que tiene valerse de libreros con experiencia, con conocimiento y de buena fe. Lo cual quiere decir que no sólo el 'adquirente' por definición saca buena lección de estos *Recuerdos*; también la saca, y él con más veras que otros, el librero. El librero puede ver en estas páginas el dividendo que producen ciertas virtudes esenciales del comercio de libros, pues todas ellas redundan en confianza del cliente y provecho sano para el proveedor del libro que es el librero. Y lo simpático es que todo esto está dicho en estilo y forma nada leccioneros. Antes bien, como si ni por pienso se hubiera propuesto el autor enseñar nada distinto a sus recuerdos. Tal vez por eso mismo, llegará este libro a ser de mucho uso entre libreros y compradores de libros. Es curioso que, desde el punto de vista del vaivén de los libros, éste de Barbazán enseña más de lo que amaga y oculta más de lo que hace creer que enseña. ¿Por qué? Costumbre del oficio.

Estos *Recuerdos*, como muy bien lo anota don A. Pérez Gómez en el *Prólogo*, pertenecen a una casta que no prolifera en España ni en otro país alguno de lengua española: la autobiografía. Y más rara aún, según el mismo prologuista, la de los libreros. Cabría extender la falta a los editores e impresores. ¡Cuántos problemas dejarían resueltos a la ciencia ulterior si se tomaran la pena de poner en blanco y negro sus experiencias de profesión! Pero aquí me voy metiendo ya con la aritmética de la lechera, y es mejor suspender.

Contra lo que sería de esperarse, los *Recuerdos* de don Julián son parcos en datos bibliográficos. Los traen, desde luego, pero dispersos

en grado tal que casi no se sienten. Se ve que el autor habrá tenido que refrenar las tendencias de su pluma con alguna frecuencia. Pero cosa naturalísima, no podía un librero de su categoría y experiencia callar, precisamente en las páginas de sus memorias, aquellos datos que su depurada experiencia ha reputado como incuestionable título a la fama. Son dos fichas de dos incunables no registrados por los repertorios pertinentes. Se hallan en las págs. 134-135:

SANTO DOMINGO (Fr. Juan de): *Tractatus de universalibus*. Zamora, Antonio de Centenera, 1484; 4º, 31 hojas y una blanca para terminar el pliego, sig. a-d, de 8 hojas, letra gótica de un solo tamaño, huecos para las capitulares, 36 líneas por plana a renglón tirado, filigrana la mano y la estrella.

[Sigue aparte la colación].

[CONSTITUCIONES sinodales del Obispado de Cuenca, dadas por don Alfonso de Burgos. Sin indicaciones tipográficas, pero en Huete, Alvaro de Castro, hacia 1484]. Folio, letra gótica de un solo tamaño, 16 hojas sin foliar, la primera en blanco, sig. a, de 16 hojas a dos columnas, excepto la primera plana, que es a la línea tirada, minúsculas en los huecos correspondientes, filigrana la mano y estrella.

[Sigue aparte la colación].

No está mal esto de dos incunables descubiertos, más si se piensa en la de lince que pueblan y cultivan el predio del bibliógrafo. Esta es una de las culminaciones de la autobiografía de don Julián Barbazán Beneit. La del librero como tal. La del hombre que al contacto del libro, en la comunicación con él, hizo también relaciones con el mundo de quienes buscan el libro y quien los tiene, es cumbre de varios picachos. Por un lado, el relato de su vida nos lleva del pre-adolescente que ha vocado diarios para ganarse un turrón al profesional del libro que recibe un día una llamada 'por conferencia', como dicen en España para que se traslade de Madrid a Jerez con el objeto de ver qué remedio tiene la biblioteca de El Botánico, o sea el palacio residencia de la Infanta doña Beatriz Borbón y de Orléans y su esposo el duque de Montpensier, cuyos libros se están arruinando. Y con este propósito, Barbazán "se pega una vida principesca", como dice graciosamente el título del episodio. Por la vertiente intelectual, el relato de su vida avanza desde el chicuelo que no pudo hacer estudios de bachillerato por la pobreza de la familia, hasta el hombre que ha tratado en relación de amistad franca a un alto número de investigadores, escritores, bibliófilos de alto rango, etc.; y como si no fuera bastante, a su propia categoría de autor de una obra escrita con talento y tantísima gracia. No lo cuenta él mismo, acaso por modestia que en este caso resulta injustificada pero lo delata el prologuista: Julián Barbazán ha sido también editor de tres obras raras y antiguas.

Lo que sí nos revela es su proyecto de editar en facsímil lo del siglo xv, en asocio del Patronato de la Biblioteca Nacional. No puedo juzgar del acierto del rechazo a la oferta de Barbazán, pero como aficionado al Renacimiento y la Edad Media no puedo ocultar el interés por tamaño proyecto. Creo que sigue golpeando a las puertas de la historia — y del Patronato — la propuesta de don Julián. ¡Cuánto tarda la vuelta de los andantes caballeros!

Como madrileño 'castizo', don Julián ha rociado de sales castizas la lengua de sus *Recuerdos*, y esto pone un ingrediente valioso para quienes estudian la lengua española y sus rasgos regionales o de época. Estos rasgos abarcan la morfología, la sintaxis y las preferencias léxicas sobre todo. Sobra decir que no están puestos allí como quien hace *collage*, sino porque en ello se envena la gracia semipicaresca de estos relatos. Tiene momentos de felicísima expresividad mediante los rasgos coloquiales y locales. Cuando, en un momento de apuros, la buena madre ha tenido que empeñar el traje que Julián se ha comprado para las visitas a quien se le llevaba el corazón, y llega el día de ir a verla, pide a su madre que le apronte aquel traje, y ella no teniéndolo a mano, le dice: "Pero, hijo, ¿te vas a poner hoy el traje nuevo con lo que va a llover?". Ese "con lo que va a llover" es realización de un sintagma resaltante que la lengua coloquial usa ricamente, y así lo hace Barbazán en el paso citado. Por el estilo, son muchos los rasgos de lengua local, coloquial y de época que le dan autenticidad literaria a cada pieza o paño del relato. Aquel vaso de café, "pero café café", que tomaba por cinco céntimos... en donde entra el sintagma con "pero" sin oposición, como resaltante y encima viene la duplicación igualmente usada para resaltar lo que se dice, u otros muchos ejemplos, hallables al azar en casi cualquier página de estos *Recuerdos*, sirven para dar idea del interés que tiene la lengua de este libro para los investigadores de la lengua y sus tipificaciones regionales.

Hay, ya lo he puesto atrás, una insistente nota picaresca que anima las páginas de este libro. Está en los recuerdos de infancia y juventud, y está también en la trastienda del comercio de libros. Esto y una chispa predicadora que restalla aquí y allá son, si no yerro, los dos paramentos de lo autobiográfico en los *Recuerdos* de Barbazán Beneit. El móvil, si lo hay destacable, justificar y justificarse. Lo uno es justificar su gremio, el de los librereros, sobre todo el de los librereros anticuarios. Esto lo consigue plenamente. Uno queda convencido de que no son cosarios de relance, sino profesionales de un campo en que todos necesitamos de sus buenos servicios, y que merecen respeto y estima. Esto, no lo dudo, se lo agradecerán los colegas a don Julián. Lo otro ha sido justificarse, y también lo ha conseguido, a mi ver, plenamente. Ante la historia, documentos hablan y las barbas callan. Punto y aparte.

Tan significativa como la defensa de su gremio o como su propia reivindicación es la serie de menciones que hace del benemérito sabio don Antonio Rodríguez Moñino en relación con su papel como fideicomiso y salvador de ricas colecciones de obras pertenecientes a diversas personalidades, mientras ocurrían los trágicos sucesos de la guerra. A propósito, no alcanzó a dedicarle una semblanza a don Antonio porque aún vivía cuando don Julián componía su libro. Añade, al puro fin del libro una página *in memoriam*. Valga la petición al autor de los *Recuerdos* para que nos deje los muchos y muy valiosos que él conserva de Rodríguez Moñino. Porque aquí, en estos *Recuerdos*, hay varias de mano maestra. Las de don Roque Pidal, de José Lázaro Galdiano, de don Emilio Cotarelo —carácter de rectitud ejemplar, además de su enorme saber—, y el epílogo desastroso de los papeles originales de don Francisco Rodríguez Marín, entre otras, son páginas que ya he releído con gusto tratando de ver en qué consiste su virtud relatora.

Don Julián nos ha dado una autobiografía. En ella, el libro ilumina el trayecto total, desde las ilusiones juveniles y el amor familiar hasta las vidas de cuantos desfilan por aquellas páginas, y conste que nunca lo hacen con luz pobre. Dentro de una cultura y una lengua sin tradición autobiográfica, esta obra podrá ser discutible en su técnica pero es de alto valor como contribución al género biográfico.

ARISTÓBULO PARDO.

The Ohio State University.